

que se unirían sus esfuerzos á los de las escuadras extranjeras para el bloqueo de los puertos, pues el «Diario Oficial» declaró que los buques que aparecían en las aguas de Veracruz y Tampico no tenían miras hostiles hácia la República, «sino hácia los vándalos que atentaron contra los intereses de nacionales y extranjeros establecidos entre nosotros,» «y cuando era reconocido por nacionales y extranjeros que la revolución llamada constitucionalista, no era política sino social.» La prensa liberal, al contrario, invitaba á los militares á que no llevaran las armas contra Veracruz cuando se hallaba amenazado por buques extranjeros, y propuso que ante el peligro de perder la nacionalidad se abandonaran los rencillas de partido, aplazando para después la manera de gobernarnos; pero muy léjos de que se apaciguaran los odios y se cimentara la unión, insultaba la prensa reaccionaria á sus contrarios de cuantas maneras podía y también las fuerzas liberales del interior exasperaban á sus enemigos. Por eso la guerra que ámbos partidos siguieron haciéndose fué sangrienta y de represalias, al grado de no poderse en ninguna parte hablar de política en sentido contrario á las opiniones de las tropas que dominaban, si no era entre íntimos amigos.

No solamente se presentaron frente á Veracruz escuadras europeas, sino también los Estados-Unidos enviaron una para reclamar los perjuicios que ciudadanos norte-americanos habían sufrido y tratar del arreglo de otros asuntos pendientes; pero habiendo encontrado por parte de las autoridades de Veracruz buena disposición para satisfacer sus quejas, fué fácil un avenimiento, porque los norte-americanos, conforme á la doctrina de Monroe, veían con malos ojos que hubiera escuadras europeas en las aguas de México. Todos estos sucesos no pudieron ser apreciados en su verdadero valor por lo mucho que preocupaban los ánimos las operaciones militares en el interior. Dominando en el partido conservador los clérigos y los españoles, era por consiguiente afecto á los gobiernos europeos, así como el liberal, amante de las ideas modernas, volvía sus ojos hácia los Estados-Unidos. Creyendo el gobierno de Zuloaga oportuna la ocasión para tomar á Veracruz, arreglaba todo lo relativo á fines de 1858, después de una victoria que Miramón obtuvo en Atenquique; pero el gobierno constitucional no descansaba en prepararse para resistir, y pidió á los gobernadores de los Estados le auxiliaran estableciendo una nueva contribución para satisfacer las exigencias de Gabriac, que pedía el importe de los dividendos vencidos y garantizados por la aduana de Veracruz. El gobierno liberal esperó que con los subsidios de los pueblos tendrían mejor resultado los esfuerzos que se hicieran para conseguir la paz, y que no habría necesidad de apelar á la protección de los Estados-Unidos. Entretanto la industria y la riqueza pública consumíanse en la guerra fratricida, sostenida no por los que temían que la sociedad perdiera las ideas morales y se hundiera en la disolución, sino por los que á todo trance querían conservar los abusos y privilegios, costando esa pretensión porción de vidas más necesarias en un país tan poco poblado; confundíase la religión con los bienes materiales, y el orden con el despotismo; la tranquilidad había huido del hogar doméstico, con la pérdida de las esperanzas de mejora y adelanto que solamente puede procurar la paz. Una lucha que pareció concluirse á los primeros vaivenes, vivió con el poderoso auxilio del clero, no debe negarse, y pasó por diversas crisis; pero la humanidad y la civilización hacían grandes esfuerzos para recobrar sus prerogativas, y al fin lograron que sucumbiera la reacción demostrando que el derecho no había muerto.

La misma falta de una ley fundamental sirvió para destruir la administración que marchaba sin buscarla; vino á probar esa falta el nuevo escándalo que surgió con

el pronunciamiento que en el pueblo de Ayotla promovió el general Echeagaray, el 20 de Diciembre, por medio del plan en que pedía la reunión de un Congreso que formara la Constitución con arreglo á las necesidades del país, cuyo Código quedaría sujeto á la aprobación de los Departamentos, y mientras tanto ejercería el Poder Ejecutivo el mismo Echeagaray. Al saber Zuloaga esta inesperada revolución dispuso que la capital fuera puesta en estado de sitio y que se defendiera; dió de baja al general sublevado, y declaró conspirador á todo el que tuviera relaciones con el enemigo; estableció los pasaportes, prohibió las reuniones de paisanos, el toque de campanas, la venta de bebidas embriagantes, señalando la manera de vender el pulque, y redujo nuevamente á prisión al Sr. D. Manuel Doblado; dió un Manifiesto reprobando la conducta de Echeagaray. Todas las precauciones tomadas por Zuloaga quedaron sin valor, porque á las ocho de la mañana del 23 anunció el toque de diana en San Agustín, que se había sublevado el batallón de infantería que mandaba el teniente coronel D. Manuel Gual, aunque no en consonancia con el Plan de Ayotla, sino de acuerdo con el general Robles: era desconocido el gobierno establecido por el Plan de Tacubaya y se daba á los generales Robles y Echeagaray la facultad de designar, de acuerdo con la autoridad política, tres representantes que nombrarían una junta de personas notables de los Departamentos y residentes en la capital, con la misión de elegir Presidente interino y fijar las principales bases del gobierno, en tanto que pudiera ser expedida la Constitución. Fué reconocido jefe del movimiento en la capital el general Robles Pezuela, y secundado el Plan por algunas de las fuerzas que aquí residían.

El jefe Zuloaga ofreció á los sublevados que dejaría el gobierno si de su persona se trataba, pero que de ninguna manera abandonaría el puesto si se quería contrariar los principios políticos de su administración. A consecuencia de esta explicación y habiéndose adherido al Plan de Robles las fuerzas de la Ciudadela al mando del general Ovando y defecionado otras tropas con que contaba Zuloaga, pasó á Palacio el general Robles y quiso Zuloaga que se esperara la llegada del general Miramón para nombrar al nuevo Presidente, y que mientras tanto se le permitiera designar tres individuos que se encargarían de conservar el orden y la tranquilidad; pero no estando conformes los jefes pronunciados con dicha proposición, quedó celebrado un convenio según el cual se retiró el Presidente á las once de la noche del 23 y fué á la casa del ministro inglés con su familia, y en la mañana del siguiente día, 24, ocupó el Palacio el general Robles Pezuela, sin que se extrañara en el cambio otra cosa que la falta de actividad que hasta entonces habían seguido todos los negocios. El convenio fué arreglado en la casa del Lic. D. José María Godoy, donde se reunieron los generales Rosas Landa y Gamboa y el Lic. D. Sabino Flores, comisionados por Robles Pezuela, y los de la misma graduación Parra y Cosío en unión del Lic. Tavera, por parte de Zuloaga. Los nuevos revolucionarios creyeron que con el alejamiento de Zuloaga se lograría un avenimiento con el gobierno de Veracruz y la pacificación del país, considerando que ni el partido extremo conservador ni el constitucional tenían la fuerza suficiente para conseguirla; ellos se creyeron suficientes para inspirar confianza á las clases acomodadas y á las industrias y pensaban establecer un gobierno que contara con la buena fé de todos los partidos y con el apoyo de la opinión pública, sirviéndoles el fracaso tan completo que tuvo el Plan de Ayotla, al grado de quedar prisionero en Puebla el jefe Echeagaray, que ya pasaba por sospechoso entre los conservadores que le atribuían intenciones de unirse á los constitucionalistas; aunque á poco fué puesto en libertad.

No estando de acuerdo los conservadores, á cuya cabeza estaba Miramon, ni los constitucionales, con el proyecto de una fusion, desconoció Miramon lo que habia pasado en la capital y colocó otra vez á Zuloaga en la Presidencia, ántes de que trascurriera un mes de haberla dejado. Desde que se supo que Miramon iba á restablecerlo, la casa de Zuloaga no dejó de estar llena de pretendientes; allí se redactaban circulares y aun se despachaban pequeños negocios de sus adictos, en tanto que Robles tentaba atraer á los constitucionales á un lazo; Zuloaga opinaba porque Miramon fuera Presidente, pues le agradecia mucho que no lo quitara del Poder. En tanto que tenian lugar las efusiones de gratitud, crecian el desorden y la anarquía entre los reaccionarios, y tenian lugar arreglos por medio de los cuales Juarez iba á pagar las reclamaciones francesas é inglesas; por eso aumentaron las esperanzas de los constitucionales que á la voz de ¡adelante! expedida en Veracruz, se movieron con vigoroso impulso. Restablecido Zuloaga en el Poder por un decreto de Miramon, poco habia de durar en el empleo quien se apoyaba en tan frágil base; el decreto relativo fué publicado por bando nacional, saludándolo los cañonazos y repiques á vuelo, y al acto de caridad de levantar al caído concurrieron en el salon de embajadores las autoridades y corporaciones, rodeando los ministros al resucitado Presidente, quien contestó al discurso de Miramon dando á éste toda la gloria y la grandeza que aquel acto reflejaria en la Historia, y contestó á otros discursos consolándose de que las cosas hubieran sido arregladas por la Providencia de la manera que pasaban; con todo esto quedó muy satisfecha la «parte sana» de la sociedad.

El restablecido Presidente dispuso que la falta temporal de su persona fuera cubierta por el que presidia en la Suprema Corte; que la renuncia seria tomada en consideracion por el Consejo, y en caso de vacante las juntas departamentales nombrarian al Presidente. Al restablecerse el gobierno de Zuloaga, dimitió el Ministerio, pero el Presidente no admitió las renunciaciones; fueron declarados nulos todos los actos ejercidos por Robles en asuntos de guerra, y aun el mismo Zuloaga dimitió y despues retiró su renuncia por medio del Ministerio, y dió un decreto declarando ser prerogativa suya nombrar el Presidente sustituto, para cuyo puesto designó á Miramon, decreto que tambien fué publicado por bando nacional y Zuloaga fué el primero en gritar ¡viva el Presidente!..... entregó el gobierno el 2 de Febrero, (1859) reservándose proplamente el Poder que tenia en sus manos y de cuyo ejercicio daba pruebas. Como de cuando en cuando sentia deseos de volver á ocupar la Presidencia, Miramon le llevó al interior á su lado y de allí se le fugó. Permaneció Zuloaga retirado y oculto hasta principios de 1861 en que apareció con el carácter de Presidente que él mismo se daba, y en ese año y parte del siguiente sostuvo una ruda campaña, hasta que marchó al extranjero regresando á México en Agosto de 1864; pero ya no volvió á tener ingerencia en la política.